

## Agenda ciudadana

Lorenzo Meyer

# AMLO y el “Factor Americano”

Al cúmulo de obstáculos internos que enfrentará el esfuerzo por dar forma a un nuevo régimen político mexicano, se deben añadir los provenientes del entorno externo, especialmente el “factor norteamericano”.

El cambio actual no fue precedido por una guerra civil, pero las dificultades que deberá superar no desmerecen frente a las que enfrentaron las otras grandes transformaciones históricas que sirven de referencia a Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y a Morena: independencia, reforma y revolución mexicana.

Una comparación con la última coyuntura transformadora, la revolución, y sobre todo con su momento cumbre, el cardenismo, ilustra el punto.

Para quienes entonces cambiaron a México, las dos guerras mundiales del siglo XX fueron inesperadas ventanas de oportunidad: Estados Unidos y Europa se vieron forzados entonces a concentrar sus energías en sendas disputas y, en comparación, el teatro mexicano les resultó muy secundario. Fue esta relativa -y temporal- libertad de acción, lo que explica que el “factor norteamericano” no haya interferido de manera decisiva contra la promulgación de una constitución nacionalista en 1917 ni contra las grandes expropiaciones de los 1930.

Las reformas cardenistas -sindical, agraria, petrolera- tuvieron lugar durante los prolegómenos de la otra guerra mundial. En 1935, cuando Cárdenas se impuso sobre el conservadurismo de Calles, los nazis repudiaron el Tratado de Versalles y Mussolini invadió Etiopía. En 1936, cuando la reforma agraria como un carácter masivo, se formalizó el Eje Berlín-Roma. En 1937, cuando Italia abandonó la Liga de Naciones y dio un nuevo golpe al sistema creado en Versalles, la guerra civil española mostró por donde podría derivar un movimiento

armado de derecha en México. Por eso el embajador norteamericano, Josephus Daniels, consideró que estaba en el interés de Estados Unidos no desestabilizar el gobierno de Cárdenas en un momento en que los países del Eje quebraban el orden internacional. Cuando tuvo lugar la expropiación petrolera en 1938, Washington de-soyó propuestas como la británica o la de sus propias empresas petroleras, de poner toda la presión posible sobre México: la alternativa a Cárdenas eran Saturnino Cedillo o Almazán y una derecha con simpatías por el fascismo.

La situación actual de México y de su nuevo gobierno, comparte con el cardenismo el propósito de disminuir el gran desequilibrio social. Uno, donde el 1% de los mexicanos reciben el 22% del total de ingresos disponibles, (Gerardo Esquivel, “Desigualdad extrema en México”, (México: Oxfam, 2015, p. 15). Sin embargo, para lograrlo, no hay un equivalente al entorno internacional que permitió la reforma agraria o la expropiación petrolera de hace 80 años, sino apenas el gasto social de un fisco que sólo capta el 17.2% del PIB (el promedio en los países de la OCDE es de 34.3%) y que debe hacer frente a una deuda externa que, en los 1930, México simplemente pudo ignorar.

Mientras Cárdenas y su Plan Sexenal tuvieron como contraparte en Estados Unidos a Franklin D. Roosevelt y a su “New deal”, donde había puntos en común, como un gobierno interventor dispuesto a poner el gasto y la acción de sus instituciones del lado de los intereses de la mayoría. Hoy la situación es la opuesta.

Hasta 2020 y posiblemente hasta el fin de su sexenio, México va a enfrentar a unos Estados Unidos encabezados por un presidente abiertamente de derecha y que define el arte de la política en términos muy rudimentarios e impredecibles.

El lema de Donald Trump “America first” es sinónimo del “White nationalism” (nacionalismo blanco) que Paul Krugman, premio nobel, define como “odio y miedo a personas de piel oscura, con una dosis de anti intelectualismo y antisemitismo”, (The New York Times, 08/11/18).

Cardenas pudo llevar a cabo su política interna en el marco de la “Buena vecindad”. En contraste, Trump, desde el inicio, eligió presentar a México como un mal vecino, incapaz de resolver sus propios problemas y que por eso se los traslada a Estados Unidos vía la migración indocumentada. Finalmente, Trump no puso fin al acuerdo de libre comercio con México -hubo fuertes intereses internos que se opusieron- pero lo endureció y le cambió el nombre para eliminar el concepto de una América del Norte económica que incluyera a México, por eso hoy ya no hay NAFTA sino USMCA. Sin embargo, el rechazo más duro a México vino con la demanda del trumpismo de que nuestro país pagara la construcción de un gran muro que lo separara físicamente de la Norteamérica blanca.

La migración centroamericana que pasa por México ha sido definida por Trump como una invasión que debe pararse por la fuerza. La propuesta de AMLO de enfrentar el problema mediante un plan de desarrollo que ataque las causas materiales del éxodo no ha tenido respuesta de Trump y es difícil suponer que, de tenerla, sea positiva.

En fin, si la transformación juarista encontró simpatías en Lincoln y la de la revolución mexicana se vio favorecida por el rechazo de Woodrow Wilson al golpe militar de Victoriano Huerta y por la “Buena vecindad” de Roosevelt, la “cuarta transformación” difícilmente tendrá algo equivalente con la “America first” de Donald Trump.

# El ánimo

Luis Rubio

El gobierno que (finalmente...) está a punto de concluir vivió asediado por lo que el propio presidente denominó “mal humor social”. Se trata de un concepto vago que permite transferir la responsabilidad a otros: el problema no es mío sino de la población que no entiende. Bajo ese rasero, la ciudadanía en México lleva medio siglo de “no entender”. El gobierno saliente nunca encaró el humor social como un problema, lo que le llevó a emplear antidotos que no sólo no lo atendían, sino que lo exacerbaban, como el famoso “ya chole con tus quejas”. Si el próximo gobierno quiere acabar mejor, tendrá que enfrenar el asunto que han evadido todas las administraciones previas y que tiene que ver, en su esencia, con la confianza de la ciudadanía en el gobierno.

La abrumadora mayoría de los políticos no reconoce que la sociedad mexicana carece de anclas de certidumbre que le confieran un sentido de seguridad y futuro. Hasta los sesenta, el gobierno postrevolucionario logró ambas cosas a través de resultados positivos tanto en términos de crecimiento económico como de estabilidad política; cuando, a partir de los setenta, vinieron las crisis y las expropiaciones, los gobiernos perdieron la brújula y nunca la recuperaron.

A partir de 1970, la ciudadanía ha presenciado una guerra intestina entre los políticos que ha generado polarización permanente, creando profundas escisiones sociales, regionales, económicas y políticas a lo largo y ancho del país. La crisis de seguridad no es producto de la casualidad, sino de la incompetencia de nuestros políticos para transformar al sistema de gobierno en uno idóneo para el siglo XXI. El resultado ha sido una absoluta incapacidad para generar esperanza y tranquilidad, cruciales para un “buen” humor social o, simplemente, confianza. Luego de décadas de lo mismo, la ausencia de con-

fianza se torna cada vez más difícil de recuperar.

Sin la confianza de la población, dijo Mao, nada es posible. Se puede tener parque y alimentos, pero no hay nada como la anuencia y cooperación de la ciudadanía en la consecución del desarrollo. Esa confianza se gana milímetro a milímetro, pero se pierde en un santiamén. Varios de nuestros presidentes recientes lograron un atisbo de confianza para luego dilapidarla; como Sísifo tratando de llevar la piedra a la cima de la montaña, cada vez que se intenta reconstruir confianza se vuelve más difícil y es más costoso. Me pregunto qué intentará el nuevo gobierno si es que realmente quiere hacer una diferencia.

En diciembre de 1941, cuando Pearl Harbor fue prácticamente destruida, el pueblo norteamericano se sentía derrotado. El presidente Roosevelt entendió que tenía que recuperar el ánimo de la población, por lo que dedicó su primer gran esfuerzo a modificar percepciones, lo cual comenzó cuando su fuerza aérea bombardeó a Tokio en el siguiente abril. El pacto político-social fue brutal: súbitamente, la ciudadanía estadounidense se percató que era posible ganar y así comenzó la etapa final de la guerra. Algo similar ocurrió en el Reino Unido cuando sus comunidades costeras de pescadores y marinos mercantes se dedicaron en cuerpo y alma a recoger a los soldados que se habían quedado atrapados en la costa francesa de Dunquerque. Inglaterra parecía derrotada y al borde de ser invadida, pero bastó la actuación heroica de la ciudadanía para modificar el ánimo popular y convertir al esfuerzo militar en una verdadera liberación nacional.

El próximo presidente no la tiene fácil. Aunque sus planes son claramente muy ambiciosos y grandiosos, sólo fructificarán en la medida en que enfrente las causas profundas de la indiferencia ciu-

dadana y su profunda desconfianza en el gobierno. Estos meses han demostrado que hasta los más devotos acólitos del presidente electo albergan dudas y agendas contradictorias; por eso es imperativo que AMLO enfrente las causas distantes de la desconfianza. Y pronto.

En México el malestar social se remite a Luis Echeverría, que destruyó el “pacto social” implícito que había servido para gobernar al país desde la revolución. Su sucesor, López Portillo, comenzó su gobierno intentando recuperar la confianza, sólo para acabar destrozándola con su patético discurso de expropiación bancaria. El daño fue tan profundo que incluso generaciones posteriores que nunca han oído hablar de LEA o Jolop son escépticos del gobierno y lo rechazan como reacción instintiva.

Aquella sociedad que veía al futuro con optimismo hoy está siempre al acecho, a sabiendas que el gobierno -todos- tiene otras agendas, incompatibles con la del ciudadano medio. AMLO podrá creer que cuenta con un apoyo popular inmutable, pero nada es permanente y ahora, con la responsabilidad encima, tendrá que enfrenar y acabar con la impunidad y la corrupción y para eso no bastará su persona. Tendrá que construir instituciones que limiten su propio poder o acabará igual que todos los demás.

La reciente elección mostró una profunda brecha social y política. El ganador tiene en sus manos el reto de polarizar o sumar y, si opta por sumar, su única opción será la de construir garantías para la permanencia de la confianza ciudadana en su conjunto. O sea, exactamente lo opuesto a lo que se proponía hacer como candidato.

@lrubiof

Ático

Sin confianza, dijo Mao, nada es posible y ese es el principal reto del presidente electo: ganarse la confianza de la ciudadanía.

# ¿Se avecina el fin de la era Trump?

Walter Astié-Burgos

Como no hubo contundentes ganadores ni perdedores en las recientes elecciones legislativas, ambos bandos se adjudican la victoria. Los republicanos mantienen el control del Senado, incrementan su número de curules y ganan 18 gubernaturas. El esperado “tsunami azul” no se dio, pero los demócratas ganaron 14 gubernaturas y la Cámara de Representantes. Esto último es muy importante: en el Senado solo se disputó un tercio de sus 100 curules, pero como en la cámara baja fueron todos sus 435 asientos, su elección equivale a un referéndum nacional sobre el actual gobierno, pues igualmente es una elección popular directa sin Colegio Electoral.

Los dos partidos lograron que sus seguidores votaran copiosamente, pero aunque los republicanos conservaron su base dura, perdieron simpatizantes moderados que en 2016 votaron por Trump. El país, en suma, agudizó su polarización y encono: las mujeres (estrellas de los cómicos), los jóvenes, los universitarios, las minorías, los ciudadanos, etcétera, que reflejan la diversidad del país, votaron por los demócratas. Los blancos, conservadores, de bajos ingresos, de mayor edad, sin estudios universitarios, que viven en zonas rurales, favorecieron a los republicanos.

Sin embargo, quien dio muestra elocuente del ver-

dadero impacto del resultado electoral fue el propio Trump: lo traicionaron su falta de madurez, patológico narcisismo y carencia de inteligencia emocional. Como bien se dijo... perdió la cámara baja, y también control sobre sí mismo. Al día siguiente de las elecciones apareció en la conferencia de prensa de la Casa Blanca, visiblemente descompuesto, abatido y rabioso.

Si su lenguaje corporal evidenció los estragos de la pérdida electoral, mucho más lo hizo el verbal: su afirmación de que “fue un gran día” sonó hueca, apesadumbrada, y arremetió furioso contra los periodistas que le hicieron preguntas incómodas. A uno de su detestada CNN le suspendió el acceso a la Casa Blanca, a otra afroamericana la acusó de hacerle preguntas racistas (¿?), y de plano estalló cuando se le inquirió sobre el Russiangate.

El remate que hizo aún más evidente lo que lo perturba, fue su tajante decisión de, ese mismo día, cesar al procurador Jeff Sessions. Aunque desde hace más de un año crítica y humilla a quien fuera uno de sus primeros y más fervientes seguidores, puesto que rechazó (recuse) involucrarse en la investigación de la interferencia rusa en las elecciones presidenciales. Argumentó que, por haberse reunido con personajes rusos involucrados en el

problema, habría un conflicto de intereses, pero Trump lo consideró una vil traición. Sessions trasladó el asunto al subprocurador Rod Rosenstein, quien en mayo del año pasado designó a Robert Muller como fiscal especial, y debió de haber sustituido a Sessions. Pero como el presidente tampoco confía en él, nombró como procurador interino a Matthew Whitaker: dado que en repetidas ocasiones criticó la labor de Muller, su obligada misión será boicotear, entorpecer, cancelar o terminar dicha investigación.

En conclusión: lo que aterra al presidente es que Muller contará con el respaldo de una Cámara de Representantes controlada por quienes ha fustigado y vilipendiado despiadadamente desde el 2016. Obviamente su temor es que salgan a la luz sus vínculos con los rusos, sus turbios negocios, sus no pagados impuestos, sus torcidas aventuras amorosas, etcétera. No obstante que carece de escrúpulos y de brújula moral y ética, hasta el momento ha logrado salirse con la suya gracias a la complicidad de los republicanos, pero a partir del próximo año existirá un nuevo equilibrio de poder que presagia el comienzo del fin de la era Trump.

(Internacionalista, embajador de carrera y académico)

# Elecciones en EU: dos lecturas paralelas

Mauricio Meschoulam

Hay varias lecturas que pueden efectuarse acerca de lo ocurrido en las elecciones intermedias de EU. Desde un ángulo, si efectivamente estas elecciones fueron un referéndum sobre la gestión de Trump, ésta no pasa la prueba y, por tanto, el presidente que hasta hace un tiempo parecía invencible en lo electoral, muestra sus vulnerabilidades. Desde otro ángulo, sin embargo, Trump demuestra que tiene capacidad de conservar una sólida base que hasta ahora le ha sido suficiente para gobernar y que en un futuro podría resultar estratégica en su reelección. Algunas consideraciones al respecto:

Primero, la polarización en EU es real. Una mirada a las encuestas de salida nos arroja un perfil social, demográfico, geográfico, incluso de clase, muy distinto entre quienes votaron demócrata y quienes votaron republicano, entre otros varios signos de polarización. Los votantes demócratas y los republicanos parecen apreciar la realidad de su país desde ángulos opuestos, como si viviesen en universos paralelos.

Segundo, estas elecciones sí parecen haber sido un referéndum sobre la gestión de Trump: 86% de quienes votaron republicano dijeron que lo hacían para apoyar a Trump, mientras que 85% de quie-

nes votaron demócrata dijeron que lo hicieron para oponerse al presidente. Bajo esos términos, y a pesar de las varias victorias republicanas, Trump no fue el vencedor y, por consiguiente, no es imparabable.

Tercero, dicho lo anterior, podemos afirmar que Trump sí mantiene viva, y con buena salud, a esa base que lo sostiene. Su narrativa es altamente eficaz para convocar emociones que van desde el miedo y el terror, hasta el enojo, la frustración o la desesperanza, a fin de cautivar a una audiencia amplia que lo escucha y que conecta fuertemente con su relato. Esto, tanto en el pasado como en el presente, le funciona para obtener triunfos (o transferírseles a su partido) en espacios geográficos que son clave y que pueden ser cruciales para su reelección. El presidente, en otras palabras, está en campaña desde hace tiempo.

Cuarto, por consiguiente, si creíamos que ya nos acostumbramos a una presidencia conflictiva, espere usted a la etapa que sigue. El entorno conflictivo tenderá a incrementarse aún más. Esta conflictividad aumentará si los representantes demócratas deciden proceder contra el presidente en temas como la investigación de su récord de impuestos, o el lanzamiento de investigaciones parale-

las acerca de las potenciales conexiones del gobierno ruso con Trump o su equipo. Ante tales escenarios, Trump encontrará sin duda cómo pelear.

En suma, nos esperan dos años interesantes. Lamentablemente, el entorno de polarización no tenderá sino a exacerbarse. En ese contexto, es importante efectuar las dos lecturas paralelas que parecen dibujarse estos días: la primera, que Trump y su discurso no son infalibles ni gozan de una aprobación mayoritaria, lo que, si se entiende, arroja áreas de oportunidad para quienes vayan a competir en su contra en el futuro. Al mismo tiempo, sin embargo, está una segunda lectura: Trump conserva una base que sí confluye con sus planteamientos, base que se encuentra ubicada en espacios geográficos que podrían resultar estratégicos en futuras competencias electorales de EU. El presidente (aunque no lo reconozca) ha recibido el mensaje de que, si desea seguir gobernando, esa base probablemente hoy es insuficiente. Lo que sigue entonces, será el aumento de tensiones generadas por sus esfuerzos para acrecentar esa base y la lucha de esos otros actores que buscarán frenarlo y quienes hoy finalmente pudieron derrotarlo.

Twitter: @maurimm